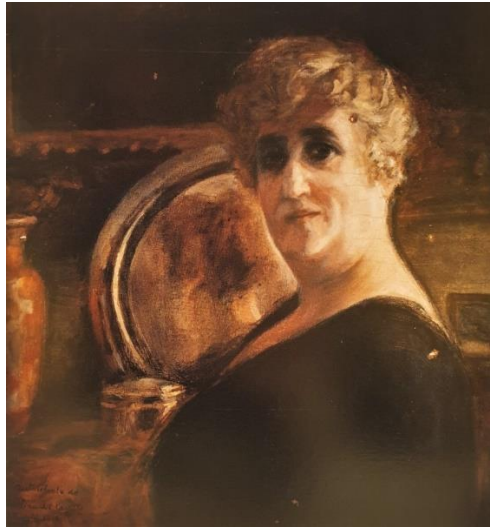


Una breve biografía para una artista excepcional: Carolina del Castillo (1867-1933).

Andrea García Casal

XII Congreso virtual sobre Historia de las Mujeres (15 al 31 de octubre de 2020).



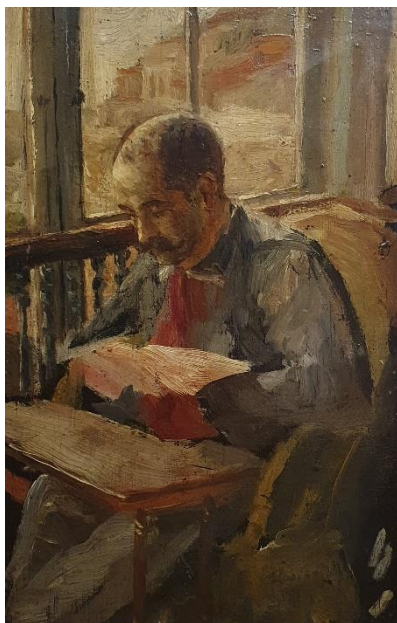
Autorretrato. Colección privada.

La presente comunicación tiene como propósito realizar un esbozo sobre la vida de Carolina del Castillo: pintora asturiana que vivió a caballo entre los siglos XIX y XX. A pesar de haber sido una maestra del retrato y del paisaje, la artista fue invisibilizada por el paso del tiempo, del mismo modo que la mayoría de los genios femeninos de todas las ramas del saber. Aportar la perspectiva feminista a la historia del arte ha permitido ahondar en la figura de Carolina del Castillo para trasladar su interesante vida a las lectoras y lectores apasionados por el arte.

Carolina del Castillo nació en 1867 en la calle de Uría de Gijón, situada en el centro de la ciudad. Fue hija del matrimonio formado por la ama de casa Carolina Díaz-Calderón Cifuentes y el ingeniero industrial Justo del Castillo y Quintana. La pintora estuvo interesada por el arte desde que era pequeña. Además de la formación escolar pertinente, la niña cursó la carrera de piano y aprendió a

dibujar gracias a las clases que le impartió un grabador. Así, la futura artista se acostumbró a realizar dibujos y acuarelas del natural durante su niñez.

La joven también fue una ávida lectora. Leyó a escritoras y escritores españoles trascendentales, verbigracia, Adolfo Bécquer, José Zorrilla, Rosalía de Castro y Emilia Pardo Bazán. No solo se interesó por la literatura española, sino que también disfrutó de los relatos del escocés Walter Scott, de los franceses Alfred de Vigny y Charles Baudelaire, del estadounidense Edgar Allan Poe y del ruso León Tolstói. En definitiva, Carolina del Castillo se erigió como una mujer muy culta. Incluso, asistió a las charlas que su padre impartió sobre ingeniería y seguramente estaba más enterada de la materia que muchos estudiantes. De este modo, demostró interés por distintas ramas del saber.



Gonzalo del Campo leyendo. Colección privada.

En 1890, cuando Carolina del Castillo tenía veintitrés años se casó con su primo el médico militar Gonzalo del Campo. Fruto del matrimonio nacieron Felipe, Margarita, José, Juan, Luis y Gonzalo. La pareja se trasladó a una casona ubicada en Los Campos, en la actual calle Evaristo Valle dentro del barrio de La

Arena. Durante la guerra de independencia de Cuba (1895-1898), Gonzalo del Campo se marchó a servir a las tropas españolas. Mientras, la pintora se dedicó al arte de manera autodidacta.

En el año 1906 acaeció uno de los sucesos más trágicos de la vida de Carolina del Castillo: su hijo Felipe falleció a los cuatro años. La artista sufrió mucho la pérdida, afirmando que Gonzalo del Campo la animó a estudiar pintura con un artista profesional y amigo cercano: el valenciano José Nicolau Huguet. En el mismo año del fallecimiento de Felipe, Carolina del Castillo comenzó su aprendizaje con Huguet para intentar evadirse de la pena. En este periodo, la artista se atrevió a participar en exposiciones. Las exposiciones de arte en la centuria decimonónica y las primeras décadas del siglo XX significaron un acontecimiento crucial para las artistas y los artistas, ya que sus obras de arte se valoraban por un jurado experto en la materia y de renombre nacional.

La artista asistió a diversas exposiciones repartidas entre Madrid, Zaragoza y Santiago de Compostela. Durante este periodo, su única hija Margarita enfermó y el matrimonio viajó París para internarla en un hospital especializado, esperando su recuperación. En París, Carolina del Castillo visitó el Museo del Louvre, aunque apenas se tiene información sobre su estancia parisina. Con todo, Margarita falleció en 1909 y la artista se enfrascó más que nunca en la pintura. Hasta el año 1914, Carolina del Casillo practicó exclusivamente el realismo en su arte y se centró en la retratística. Resultan ejemplificativos sus autorretratos, pues son señas del realismo al pintarse con una fisionomía veraz; el pelo canoso, las ojeras marcadas, las arrugas y la grasa en la cara y el cuello caracterizaron a la artista en su madurez.



Paisaje. Colección privada.

En 1914, Carolina del Castillo se trasladó definitivamente a Madrid porque sus hijos empezaron la universidad. En sus visitas a la capital conoció al pintor valenciano Cecilio Pla gracias a Huguet. A partir de este año, comenzó a estudiar con Pla. En Madrid, la artista también obtuvo la licencia de copista del Museo del Prado. Esta licencia permitió que las artistas y los artistas pudieran copiar las obras de arte de la pinacoteca. Lo cierto es que Carolina del Castillo aprendió a copiar de forma virtuosa, siendo capaz de imitar a Velázquez de manera veraz. A lo largo del aprendizaje con Pla, la pintora empezó a trabajar el postimpresionismo, fundamentalmente en los paisajes. Su paleta en este género está poblada de los ocre y marrones tan identificativos de su trayectoria, lo que da lugar a una interpretación muy personal del luminismo valenciano de Cecilio Pla. Carolina del Castillo juega a pintar el clima oceánico de Asturias a través de la pincelada abocetada y los empastes.

Durante los veranos, la familia regresó siempre a Gijón para veranear en las fincas de Jove y El Llosón y disfrutar del mar en el puerto de El Musel, la playa del Arbeyal y la playa de San Lorenzo. En los años madrileños, el número de exposiciones a las que acudió la artista fue decreciendo y participó solo en cuatro exposiciones repartidas por Oviedo y Madrid. Una de sus últimas exposiciones fue la Exposición Conmemorativa de los Sitios de Zaragoza.

Entre los años 1926 y 1927 regresó a Gijón junto a su marido, puesto que los hijos finalizaron su periodo formativo. Continuó pintando de forma privada hasta 1929; año en el que sufrió un accidente tras golpearse una sien. A partir de entonces cesó en la actividad pictórica, quizá porque quedó afectada de manera motriz y finalmente falleció en 1933.

“Lo justo es llamar a la ilustre pintora Carolina del Castillo, simplemente, como decimos Eugenio Tamayo, Mariano Moré, o Manuel Medina Díaz, aceptándola como lo que es, una singular personalidad entre el rico y variado repertorio de los artistas asturianos, que además de realizar obras valiosas e interesantes sentía un indudable placer en el acto de pintar. [...] Merece ser más divulgada y más conocida la obra de Carolina del Castillo” (Carantoña en Alperi, 1974, pp. 200-201).

Bibliografía:

Alperi, V. (1974). *Julia Alcayde Montoya, Carolina del Castillo y Díaz*. Banco Herrero: Oviedo.

Rollán, J. F. (1977). *Carolina del Castillo*. Ayuntamiento de Gijón: Gijón.